

los "corregidores" están a las órdenes del "inspector superior"... ¿Quiere usted una manta, "señor"?... Esta noche cae un poco de "garna" (rocío)... pero, nos alejamos de la "costa"... y ya, mire usted... mire usted las "lomas" que anuncian la presencia de la sierra... Para penetrar en la cordillera no han tenido más remedio que pasar por aquí... Al amanecer veremos sus huellas... ¡Con tal de que no hayan hecho ninguna tontería esos señores, esos chiquillos que van delante!... ¡Vaya si es valiente ese pequeño que se ha marchado montado en su llama!... Pero pronto los encontraremos... ¡no se escala la Cordillera con la misma facilidad con que un "torero" salta la "barrera" en "la plaza"!...

Francisco Gaspar sonrió entonces de una manera tan singular que Natividad interrumpió su discurso y le preguntó "qué le sucedía". El otro se contentó con responder: "¡Yo me entiendo! ¡Yo me entiendo!" Pero Natividad no le comprendía.

Antes de amanecer llegaron a los primeros contrafuertes de los Andes. Las caballerías no parecían muy fatigadas, y después de un corto descanso en una "quebrada", en donde encontraron pasto para los animales y en donde pudieron prodigarles los cuidados necesarios, reanudaron la ascensión de la gigantesca cadena, a la luz de la aurora que llegaba hasta ellos, como proyectada por monstruosa fragua, a través de la cortadura de los Andes, por la cual iban a aventurarse.

Interrogados acerca de lo que habían podido

ver u oír durante la noche, los mestizos de la "quebrada" no quisieron decir palabra. De todos modos podían tener la seguridad de que la escolta de la Esposa del Sol no se había detenido allí, porque de hacerlo no hubiese dejado nada en las arcas ni en las cuadras. El tío y Natividad—el cual reveló su cualidad de "inspector superior"—hallaron medio de cambiar dos caballos de los soldados por dos mulas, siempre en nombre del "supremo gobierno!"

En la primera etapa, en el sendero rocoso que seguían, encontraron muchos cardos pisoteados, y las grandes flores amarillas del amancaes que aparecían tronchadas y cuyas hojas aún frescas cubrían el suelo, indicaban que por allí había pasado una numerosa comitiva.

—¡Ya estamos sobre la pista, ilustre maestro! —dijo Natividad en el francés más correcto, para demostrar a su distinguido interlocutor, que en el Perú, un comisario de policía puede hablar el "quichúa" y el "aimara" y no ignorar "la bella lengua francesa".

—¡Sí! ¡sí!—contestó Francisco Gaspar,—siga usted, ¡siga usted, amigo!

Y tosió con una expresión maliciosa que llenó de consternación a su compañero, al cual comenzaba a inspirarle alguna desconfianza el estado mental del ilustre Ozoux.

El buen Natividad no tardó en sentirse atormentado por otra preocupación. Aún no veían a ninguno de los viajeros que habían salido antes que ellos en persecución de los indios. ¡Cosa ex-

traña! Este detalle no parecía alarmar a Francisco Gaspar que sólo se ocupaba en contemplar las bellezas de la naturaleza. ¡Subían!... ¡Subían!... ¡Ya sólo veían los picachos de la sierra y el cielo!... y el camino era cada vez más difícil... y trepaban por él haciendo zig-zags. Las mulas y el caballo, inquietos, adoptan actitudes inverosímiles; algunos animales salvajes huyen delante de ellos... más lejos, algunas cabras parecen suspendidas en el espacio, con las cuatro patas apoyadas en la punta de una peña... Comienza a sentirse frío. Además, la escolta militar ha empezado nuevamente a lamentarse de la manera más nauseabunda. El "inspector superior" se ha visto obligado a recordar a aquellos guerreros quichúas que se dirigen a la sierra por orden del "supremo gobierno", pero ellos han contestado escupiendo groseramente en el suelo, que les importa tres pitos el "supremo gobierno".

—¿Tiene usted confianza en esos hombres?— pregunta el ilustre académico.

—Tanta como en mí mismo—contesta Natividad, que jamás desconfía de nada.

—Pero, ¿de qué raza son?

—¡De la raza quichúa!... ¿De dónde quiere usted que saquemos nuestros soldados, si no los sacamos de entre los indios?

—¡Lo que es éstos no parecen tener vocación!—observó Francisco Gaspar.

—¡Es un error, "señor", un error grandísimo! ¡Están satisfechísimos de ser soldados! ¿Qué serían si no fuesen soldados?

—¿Han solicitado serlo?—continuó el académico que, con gran asombro de Natividad, sacó del bolsillo su libro de memorias.

—¡Qué disparate, "ilustre señor"!... ¡Verá usted cómo nos arreglamos!... Es muy sencillo... Un destacamento recorre los pueblos del interior y se apodera a viva fuerza de los indios que no se han ocultado a tiempo... ¡Como es natural, a estos reclutas los llamamos soldados voluntarios!...

—¡Ah, ah, delicioso! ¿Y no temen ustedes que sus voluntarios les fusilen cuando les entregan el armamento?

—¡Oh, señor, en cuanto pasan unos días se acostumbra de tal manera a la disciplina que no se quieren volver a sus casas, y esos mismos indios se convierten en reclutadores implacables! Son muy buenos soldados. ¡Estos están de mal humor porque los llevamos a la montaña, pero se dejarían matar por Veintemilla!

—¡Vaya! ¡Tanto mejor!—murmuró Ozoux con gran filosofía.

Y añadió estas palabras que hicieron subir de punto el estupor del comisario:

—Mire usted, yo creo que se pueden marchar, porque de todos modos encontraremos a los indios.

Natividad dió un brinco. "Pero ¿qué clase de hombre es éste?"—se preguntó. Pero el camino atrajo en aquel momento toda su atención.

—¿Qué es esto? ¡Ah, ah, han acampado aquí!

En efecto; en el sendero que se ensanchaba bruscamente formando una especie de plazoleta,

podían verse aún las huellas de la permanencia de una cuadrilla bastante numerosa.

En este rincón habían encendido fuego; en aquel otro habían comido. Latas de conservas y restos de vituallas cubrían el suelo. Allí había descansado indudablemente por primera vez la ja escolta de la "Esposa del Sol". Natividad aceleró el paso.

—¡Lo raro es que aún no hayamos visto al marqués, ni a Cristobalito, ni a su sobrino de usted!

—¡Bah, bah, señor inspector superior, no se preocupe usted tanto—respondió flemáticamente el tío—; ya los encontraremos... un día u otro!

—¿Cómo?

—Digo que... ¡Ah... mi mula se niega a avanzar! ¡Arre, mula!

Decididamente Francisco Gaspar se había vuelto muy valiente. ¡Cuánto había cambiado desde su primer viaje a la Cordillera, desde su visita a Cajamarca! Entonces había estado ridículo. Ahora daba muestras de una serenidad heroica; iba a la cabeza de la caravana y se reía de la inquietud de sus compañeros de viaje.

Pero su mula seguía sin avanzar, no obstante los furiosos talonazos del jinete. El comisario se inclinó.

—¡El cuerpo de un llama!

Se detuvieron ante el cadáver del animal que interceptaba el camino. Natividad se apeó, tocó al llama, le levantó la cabeza, le examinó el hocico y encontró la herida de la cual había brotado

la sangre, porque había sangre en los guijos, luego hizo rodar el cadáver hasta el abismo y volvió a montar en su mula.

—No hay duda—dijo—, es el llama que montaba Cristobalito. El niño no se ha separado de su montura hasta que ésta ha exhalado su último aliento.

Para excitarle le ha pinchado con su cuchillo y le ha hecho en el lomo una herida bastante profunda, porque el llama suele ser de ordinario perezoso.

—¡Pobre niño!—exclamó Natividad—. ¡Qué habrá sido de él!

—Tranquilícese, señor inspector. ¡No iba solo! Raimundo no le habrá abandonado... y aun suponiendo que mi sobrino le haya dejado solo, el marqués le habrá recogido seguramente.

—Es posible—confesó Natividad inclinando la cabeza.

—¿Montan ustedes en llamas?

—¡No! Sólo los niños, que suelen montar cuando el llama lo consiente. Sí, a los niños ricos se los compran con ese objeto. ¡Cristobalito tendría seguramente el suyo!

—¡Jamás hubiese creído que un llama fuese capaz de semejante carrera y de tal ligereza!

—¡Oh, no creo que éste haya formado nunca parte de esos rebaños que conducen los "arrieros", los cuales los han acostumbrado a no ser otra cosa que bestias de carga! Debía ser un animal de lujo que no había perdido su viveza y su agilidad de cabra, a menos que no fuese un llama

acostumbrado ya a llevar niños... ¡Y además, Cristobalito no debía pesar mucho!... Pero ¿en dónde encontró ese animal y en dónde encontró su caballo su sobrino de usted? ¡En las cuadras de la "hacienda", sin duda! ¡De todos modos, bien lo lamento! ¡Si no hubiesen encontrado nada aún estarían con nosotros! ¡Y hasta el mismo marqués nos hubiera esperado! ¡Con tal de que no les haya sucedido una desgracia!

Al dar la vuelta a un peñasco que les cerraba el paso, se hallaron de pronto frente al marqués, montado en su caballo, y frente a Raimundo que iba a pie.

Cristobalito no está con ellos. Raimundo estaba pálido y el marqués lívido. Por lo menos así los vió Natividad, porque a Francisco Gaspar, que no tenía puestas las gafas, el semblante de los dos hombres no le pareció muy inquietante. Natividad les preguntó inmediatamente por Cristobalito.

—¡Los miserables me han robado mis dos hijos!—contestó lúgubrementemente el marqués.

He aquí lo que había sucedido:

El marqués montaba un caballo muy malo, y sólo con mil trabajos pudo hacer aquella enorme jornada. Durante la ascensión estuvo a punto, más de una vez, de abandonar su montura; pero la idea de que aún podía serle útil le hizo tener paciencia. En algunas ocasiones se vió obligado a apearse y a llevar al caballo de la brida.

Al fin, al amanecer, el bruto se mostró menos rehacio y pudo cruzar la meseta en donde los indios habían acampado. Una vez allí buscó en vano un

rastros, una indicación cualquiera de su hija. ¡Nada! ¡Nada; ni un indicio!... ¡Ah, la "Esposa del Sol" debía estar bien guardada!... Al fin llegó al sitio en que yacía el cadáver del llama que montaba su hijo. Ni por un instante pasó por su imaginación la idea de que el niño no estuviera con Raimundo; pero a pesar de ello continuó su camino, presa de la mayor ansiedad. Un poco más lejos lanzó una exclamación de sorpresa al ver a Raimundo. ¡Raimundo solo, Raimundo sin Cristobalito!... El novio de María Teresa explicó al desesperado padre la espantosa escena a que acababa de asistir. Ante todo, Cristobalito, en cuanto dejaron a su espalda las primeras lomas y entraron en la sierra, adelantó a Raimundo, hasta tal punto que el joven no tardó en perderle de vista. Dos horas después, Raimundo se quedó sin caballo, porque éste dió un paso en falso y rodó hasta el torrente, matándose.

No tuvo tiempo más que para tirarse al suelo por el lado contrario y asirse a un peñasco, del cual permaneció suspendido durante un instante; luego continuó a pie su caminata por aquel sendero de cabras, y al fin llegó al campamento en el cual los indios habían debido pasar las últimas horas de la noche, lo que le hizo abrigar la esperanza de que no estuviesen muy lejos... Siguió su camino, y de repente vió a Cristobalito rodar por el sendero con el llama.

Raimundo le llamó, y el niño le oyó, puesto que en cuanto se levantó volvió la cabeza, pero inmediatamente reanudó su carrera gritando:

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

Y cuando el ingeniero, levantando los ojos, miró el camino que serpenteaba por la ladera del monte, vió a los indios y a las "mamaconas".

El niño estaba muy cerca, y ellos parecían esperarle.

En efecto; en cuanto el chiquillo llegó al alcance del primer indio que caminaba a retaguardia, éste se inclinó y le izó hasta su silla, en tanto que el pequeño cautivo seguía gritando:

—¡María Teresa! ¡María Teresa!...

Raimundo se precipitó tras él, pero estaba muy lejos, y los indios en cuanto se apoderaron del niño se alejaron a buen paso. El ingeniero se detuvo, rendido, y pocos instantes después se reunía con él el marqués.

—Estas noticias no son malas—declaró Natividad en cuanto le pusieron rápidamente al corriente de los acontecimientos.

—Los indios van delante de nosotros. No podemos perder su pista. No tienen más remedio que pasar por Huancavelica. ¡Allí encontrarán quien les dé el alto! Tranquilícese usted, señor marqués.

El comisario hizo que un soldado se apease y cediese su montura a Raimundo. Cuando el soldado vió lo que querían de él, protestó indignado. Pero no le pidieron su opinión y siguió gruñendo mientras trotaba a pie detrás de sus compañeros.

Así llegaron a un sitio en donde el camino se bifurcaba. Uno de los senderos seguía subiendo, el otro bajaba para ir a desembocar bastante le-

jos a otro torrente que, como es natural, se dirigía hacia la costa. Raimundo, el marqués y todos sus compañeros habían tomado ya el sendero que seguía subiendo, cuando el soldado que iba a pie declaró que abandonaba la expedición y que se volvía a la "costa"; luego añadió que se quejaría al "supremo gobierno" de que el "inspector superior" se hubiese permitido quitarle su caballo. El comisario le contestó deseándole feliz viaje.

El soldado se alejó, pues, por el camino que bajaba a la costa, pero casi en seguida reapareció agitando un sombrero que acababa de encontrar en un peñasco.

—¡El sombrero de Cristóbal!—exclamó el marqués.

Y todos retrocedieron. Indudablemente aquél era el indicio más precioso.

El niño indicaba de esta suerte su camino; pero hasta este indicio hubiera resultado inútil a no haber quitado al soldado su montura. El marqués le entregó una moneda de oro, y el indio declaró que estaba dispuesto a dejarse matar por "el caballero".

Pero Natividad estaba perplejo y temía que todo aquello fuese una estratagema de los indios para despistarles. Tomaron, pues, el camino de la costa adoptando antes todo género de precauciones, y hasta que encontraron la prueba real del paso de las mulas y de los caballos por la arena del torrente a cuya orilla caminaban, no se tranquilizó el comisario.

—¡Se han vuelto a la "costa"!—replicó—. Les

habrán dicho que es imposible pasar por la sierra y llegar a Cuzco sin tropezar con las tropas de Veintemilla... ¡Pero si vuelven a la costa, son nuestros!... ¿Adónde han ido?... ¿A Cañete? ¿Y luego?... ¡Por lo pronto, dando este rodeo, han evitado el pasar por Chorrillos! ¡Pero será preciso que se detengan! ¡Han perdido la partida!...

Y reanudaron la marcha con mayor entusiasmo después de dejar descansar a las caballerías durante una hora.

El soldado montó a la grupa de uno de sus compañeros.

—¡Han perdido la partida! ¿Creía usted realmente que no podíamos ganarla?—preguntó quedamente Francisco Gaspar al comisario con una expresión un tanto enigmática.

—¡Ya lo creo que he tenido motivos para temerlo, “ilustre señor”! ¡Y en confianza, le diré que ya es hora de que la ganemos, porque no veré llegar sin angustia el último día del “Intaraymi”, si para entonces esos miserables tienen aún en su poder a los hijos del marqués de la Torre!

—Pero ¿cree usted que también martirizarían al hijo?

—¡Más bajo, “señor”, más bajo!... ¡No hay un ser demasiado bello, demasiado tierno, demasiado joven ni demasiado inocente para “el Sol”! ¿Comprende usted?

—Casi, casi—replicó el tío—. Casi, casi...

—Si usted supiese los horrores de que son capaces... cuando se trata de derramar sangre so-

bre las losas sagradas... Ya ha visto usted que aún tienen los mismos sacerdotes que antiguamente...; no le hablo a usted de los “ponchos rojos”, que son nobles quichúas a quienes reeligen cada diez años, sino de los tres gnomos, de los tres monstruos que se apoderaron de la “señorita”... Ellos, ya se lo he dicho a usted, son los encargados de proporcionar las víctimas y la esposa que ha de ser sacrificada... Si ha visitado usted nuestros cementerios le habrán enseñado momias verdaderamente horribles. En las “huacas” siempre se encuentran juntos los tres monstruos, con sus enormes cabezas deformadas por las tabletas y las cuerdas de las “mamaconas”... Desde su más tierna infancia, los tres niños destinados al horrible ministerio, eran entregados a las “mamaconas” y las hechiceras les desfiguraban el cráneo para darles las virtudes necesarias: el valor, la astucia, la sed de sangre... Nacidos el mismo día, debían morir al mismo tiempo. En cuanto uno de ellos sucumbía, los otros dos debían matarse junto a su tumba. Y cuando moría el rey, se mataban generalmente al comenzar la ceremonia fúnebre, para dar ejemplo a los principales servidores, a las esposas y a las concubinas. Los españoles presenciaron el sacrificio de mil personas, entre indios e indias, junto a la tumba de Atahualpa (1). Los tres monstruos guardianes del templo dirigían siempre estas matanzas. Hoy tenemos la prueba (la tenemos delante de nos-

(1) Histórico.

otros), "corremos tras ella", de que estos terribles dignatarios no se encuentran solamente en los cementerios... ¡Todavía existen!... En alguna parte, en el fondo de los Andes, no sabemos dónde, hay aún un lugar sagrado en el que las "mamaconas" siguen moldeando los tres cráneos de los guardianes del templo. ¡Y están constantemente en funciones!... Ya le he hablado a usted del rapto de María Cristina de Orellana, le he hablado también de cierto crimen "ritual" que quise castigar y al que tuve que "echar tierra", por orden de la superioridad. Pues bien: ahora puedo decirle a usted, "señor", que se trataba de dos pedazos del cuerpo de un niño, de un niño de cinco años, que encontré sobre una piedra en la cueva de un "rancho", del cual acababan de huir los indios apresuradamente porque les habían anunciado mi llegada. ¡Le cortaron en dos, por la cintura, de una sola cuchillada, como el que corta en dos pedazos una avispa!... ¡Y "se bebieron su sangre"!... Pues bien, amigo mío, ¿quién estuvo á punto de perder su destino por haber descubierto este crimen? ¡El pobre Natividad!... ¡Ya se convencerán; ya no volverán a tratarme de imbécil!... Usted que es un sabio, ¿habrá oído hablar del "Templo de la Muerte"?... ¿Sí? Pues bien: ¿sabe usted cuántas víctimas se han encontrado en el Templo de la Muerte alrededor de la momia de Huayna Capac? ¡Cuatro mil; cuatro mil seres humanos, algunos de los cuales se sacrificaron voluntariamente, en tanto que a los otros los descuartizaron,

los estrangularon o los ahogaron en honor al muerto! (1). ¡Ahí tiene usted lo que pasaba en el Templo de la Muerte!... ¿Y en la "Casa de la Serpiente"? Pero prefiero no decirle a usted lo que sucedía en la "Casa de la Serpiente"...

—Otro día me lo dirá usted—respondió Francisco Gaspar—; pero permítame que le felicite. Todo lo que me dice usted es muy interesante. El Gobierno supremo ha tenido el acierto de darme por compañero de viaje al más interesante y más erudito de los comisarios. Tenga usted la seguridad, "señor inspector superior", de que les estoy muy agradecido y de que les expresaré toda mi satisfacción.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Natividad completamente aturdido.

—¡Nada, nada; era una broma!

Natividad, ofendido, espoleó su mula, en tanto que Francisco Gaspar, detrás, sonreía con ironía.

En aquella lamentable y trágica expedición honraba verdaderamente a la Academia francesa... Era el que daba menos muestras de cansancio.

Acostumbrado a vivir en las bibliotecas, no podía imaginar que estaba presenciando una tragedia real. Aquello le producía el efecto de una especie de expedición instructiva, organizada expresamente para él, para Francisco Gaspar, de la Academia, por los cuidados del Gobierno y de la

(1) Cuatro mil víctimas, según Sarmiento, fueron sacrificadas en los funerales de Huayna Capac, último Inca muerto antes de la llegada de los españoles.—Relación M. S., cap. LXX.

Sociedad de Geografía, y destinada a proporcionarle asunto para sus obras.

Admitía aquellas costumbres en los tiempos pretéritos, pero el presente no llegaba a alarmarle. Tras serias reflexiones, se persuadió de que todo aquello terminaba bien. ¿No era ésta, por lo demás, la opinión de Natividad, cuyas monstruosas afirmaciones le parecían la evocación de un profesor de Historia, demasiado poseído del asunto?

Y aquella historia surgía a la sazón a cada instante ante ellos... Habían vuelto a la "costa"; las ruinas admirables de acueductos que hubiesen maravillado a los romanos, los restos del camino inca que atravesaba de un extremo a otro la América del Sur, desde Chile al Ecuador, aparecían ante ellos, entre torbellinos de un polvillo sofocante, cual nobles despojos de un pasado que parecía bien muerto. ¡Los Incas habían muerto! Y querían hacerle creer que los Incas de "entonces" los habían robado, para ofrecérselos a su dios, una joven y un niño de la época actual... ¡Vamos, se habían propuesto hacerle viajar por el país de los sueños... por el país de la quimera!... Pero al mismo tiempo pensó que se burlaban de él... Esta idea no le disgustó. "¡Ah, se burlan de mí! —pensaba sonriendo—. ¡Pues bien! "¡No me engañarán!"... ¡Veremos quién es el que se ríe más!"

CUANTO más reflexionaba, más se convencía de que todos los que le rodeaban y los que le "precedían" se habían puesto de acuerdo para excitar su curiosidad y hacerle comulgar con ruedas de molino. Todo había sido hábilmente dispuesto por Raimundo, el marqués, María Teresa y Natividad. Francisco Gaspar recordaba perfectamente que la primera noche, cuando ocurrió el incidente del "colí", María Teresa había tranquilizado a su padre, diciéndole que "su amigo Natividad se encargaba de todo". Pues bien: su amigo Natividad se había encargado de todo una vez más. "¡Vaya una broma!..." Y procuraba no perder ningún detalle del paisaje. Llegaron a un pueblecillo situado al nivel de la sierra; como por arte de magia desapareció la molesta polvareda. Hallábase en medio de frondosos jardines que debían a un riachuelo nacido en la cordillera una bienhechora fecundidad. Francisco Gaspar hubiera pasado con gusto algunas horas en aquel oasis. Pero Raimundo, el marqués y hasta el mismo Na-

tividad parecían como fuera de sí. Desde que estaban en terreno llano aceleraban el paso cuanto podían. El tío se guardó muy bien de protestar. Estaba decidido a hacerles creer hasta el último momento que habían conseguido engañarle. No se detenían más que para averiguar el camino que seguía la cuadrilla, y la tarea resultaba bastante difícil. No encontraban un alma. Las fiestas del "Interaymi" parecían haber despoblado el país. Y los pocos indios que se dejaban ver, mostraban a las primeras preguntas marcada desconfianza y hasta cierta hostilidad.

Era necesario armarse de paciencia y de dulzura y obsequiarles, además, con un "trago de aguardiente", del cual los soldados llevaban siempre en su cantimplora abundante provisión. A veces, ni el dinero bastaba para desatarles la lengua. Aún al preguntarles las cosas más insignificantes, tropezaban con el sacramental "manatiancho" (no sé) o con un "no he visto nada, señor". Afortunadamente, algunos mestizos se mostraron más complacientes y dieron toda clase de detalles acerca de la fuga de Huáscar y de sus compañeros. La cuadrilla atravesaba la "costa" a todo escape. Sin embargo, los indios habían disimulado sus trajes de ceremonia que hubieron de lucir, por exigirlo el ritual, en la recepción de la Esposa del Inca. Iban de prisa, y nadie había visto si efectivamente llevaban consigo una mujer prisionera y un niño. Por otra parte, al oír estas últimas preguntas todos manifestaban la mayor sorpresa, y como si no comprendiesen lo

que se les decía, no añadían una palabra más; volvían la espalda y se alejaban sin que fuese posible detenerlos. Huáscar llevaba a los viajeros dos horas de delantera, todo lo más, pero a cada nueva etapa ganaba terreno, no obstante toda la diligencia de sus perseguidores. Al fin llegaron a Cañete. El comisario no se explicaba aquella táctica que conducía a los indios hacia el mar, a una ciudad en donde tropezarían también con autoridades. Era ya de noche cuando Raimundo, siempre delante de todos, el marqués, el comisario, Francisco Gaspar y los soldados entraron en Cañete. Llegaron durante una fiesta nocturna que se celebraba entre el estruendo ensordecedor de los cohetes y el tumulto de una retreta.

La mayor parte de los indígenas estaban ebrios. Cañete es una ciudad pequeña, en la que resulta más notable aún que en cualquiera otra la mezcla de lo antiguo y lo moderno. Las chimeneas de las fábricas alternan con los acueductos construidos en la época de los Incas, y que aún hoy día distribuyen las aguas del río Cañete por las huertas de los alrededores.

Río arriba véñese todavía los vestigios de una gran fortaleza india que el virrey de la Maneloya hizo demoler hace doscientos años, para emplear los materiales en la construcción del fuerte del Callao.

Allí, no obstante toda la autoridad del "gobierno supremo", el espíritu de la raza india, sobre todo entre el pueblo, es todavía lo bastante poderoso para levantar la cabeza en épocas de tras-

tornos políticos. Y a Natividad no le costó ningún trabajo comprender que estaban "en una época de trastornos políticos".

Su primera visita fué para el "corregidor", el cual le dijo que aquella fiesta se celebraba en honor de García, cuyos triunfos habían desencadenado el entusiasmo de la plebe.

Confirmábase, en efecto, que se había apoderado de Cuzco y hecho retroceder a las tropas republicanas. El comisario, por su parte, puso al "corregidor" al corriente de la terrible situación en que se hallaban los hijos del marqués de la Torre.

El "corregidor" se hizo el sueco.

Dió a entender que no creía aquella historia de aparecidos, y que si la cuadrilla de indios de que el comisario hablaba hubiese tenido semejanza crimen sobre la conciencia, jamás se hubiese atrevido a pasar por la ciudad.

—Pues no se pueden quedar en la sierra—dijo Natividad—; de modo que no tienen más remedio que ir a alguna parte. ¿Pensarán embarcarse; se propondrán ir por mar a Arequipa y desde allí dirigirse a Cuzco?

—¡Es muy posible!—se apresuró a responder el corregidor para desembarazarse del comisario—. En efecto, hoy han estado en las afueras de la población, se han provisto de víveres y han continuado su camino hacia Pisco. Una vez allí han podido embarcarse. Y además, ¿qué quiere usted que yo haga en su obsequio? ¡No dispongo de un solo soldado, de un solo agente! ¡Toda la

policía se ha incorporado al ejército enviado contra García!

En aquel momento pasó por delante de las ventanas del "corregidor" una cabalgata extraña, una procesión en la que todos cantaban y bailaban, y al frente de la cual vió Natividad a sus cuatro soldados.

Abrió la ventana y les mandó retirarse; pero sus amenazas, en "nombre del gobierno supremo", no produjeron efecto, y se separó del "corregidor" en un estado de ánimo de los más lamentables. ¿Iban a escapársele los indios en el momento en que creía tenerlos en su poder? Sin dar ninguna explicación a los desgraciados que le esperaban, les gritó:

—¡Vamos a Pisco!

Todos le interrogaron. El no quiso responder a ninguna pregunta.

Ni el mismo Francisco Gaspar, que quería saber si aquella fiesta del "Interaymi" tenía, entre el pueblo bajo, la misma significación de la del 14 de Julio en Francia, logró obtener respuesta.

El marqués, al enterarse de que los indios se dirigían a Pisco, pensó que aquella espantosa situación iba a terminar al fin. En Pisco no sería un desconocido, aunque sólo había estado allí dos o tres veces; pero a su hija le conocían en la población perfectamente, porque iba con mucha frecuencia a vigilar sus depósitos de guano, a visitar los almacenes del puerto y a inspeccionar los trabajos de los "colies" en las islas Chinchas, que están enfrente. Allí tenía empleados, amigos;

el marqués de la Torre era considerado allí como un personaje, por los negocios que en Pisco hacía su hija. Ya sabía él cómo hablar al "corregidor".

Llegaron a Pisco rendidos, con las caballerías reventadas. Contrastando con la agitación enfermiza de sus tres compañeros, Francisco Gaspar mostraba una calma estupenda, con cierto airecillo de inteligencia que le hubiera hecho pasar por loco si hubieran tenido tiempo de observarle. En Pisco, el entusiasmo del pueblo era aún mayor que en Cañete.

Acababa de llegar la noticia de la toma de Cuzco.

El marqués se puso al frente de la pequeña fuerza y la guió hacia sus almacenes, en donde creía encontrar algún empleado que le daría detalles acerca de la llegada y la salida de los indios; pero los almacenes estaban desiertos y no encontró en ellos alma viviente.

—¡A casa del "corregidor"!—ordenó.

Los cuatro viajeros acababan de entrar en la ancha y única calle que conduce al "arenal", inmensa plaza en la que se hunde uno en arena hasta el tobillo, cuando les cerró el paso una inmensa fogata triunfal. Los indios quemaban la hoja sagrada del maíz, siempre en honor de García, exponiéndose a prender fuego a las casitas de un solo piso, pintarrajeadas de blanco y azul, habitadas por los mestizos ricos de la provincia que habían huido para no comprometerse.

La parte del vecindario que se dejaba ver estaba enloquecida por el alcohol y los cohetes. Ha-

bían saqueado una fábrica de "pisco", aguardiente de mucha fama que ha tomado el nombre de la ciudad y que se hace de una especie de uva. Excitados por la bebida, los indígenas iban a buscar a la fogata manojos de hojas de maíz inflamados, con los que se golpeaban unos a otros gritando en "aimara":

—¡Que el mal huya de ti! ¡Que el mal huya de ti!

Y algunos se hacían espantosas quemaduras, de lo cual ni siquiera parecían darse cuenta en medio de su exaltación.

Natividad vió un mestizo que estaba apoyado en el quicio de una puerta, inmóvil y triste, porque sin duda tenía algo que perder en aquella fiesta: su casa, que podía quemarse; su bodega, que tal vez fuese saqueada.

Le preguntó en dónde podría ver al corregidor.

El mestizo le respondió sencillamente:

—¡Siganme!

Y todos le siguieron. Y él los llevó por una acera de madera que comenzaba a arder, hasta el "arenal", frente a la iglesia.

Adornaban aquella plaza cuatro palmeras raquíticas. En torno a una de ellas bailaba el populacho... y al pie de aquella palmera una hoguera comenzaba a alargar sus lenguas de fuego que la grisácea luz del día hacía palidecer.

De una rama de la palmera pendía un bulto. El mestizo indicó aquel bulto al "inspector superior".

—Ahí tiene usted al "corregidor"—dijo.

Natividad, el marqués y Raimundo se detuvieron mudos de horror. Entonces el mestizo habló al oído a Natividad, y éste se alejó aterrado.

—¡Huyamos, huyamos!—gritó aterrado a sus compañeros.

—Pero ¿qué pasa?—preguntó con flema Francisco Gaspar, abriendo el compás de sus largas piernas.

—Pasa... “¡que se lo van a comer”!...

—¡No es posible!—replicó Francisco Gaspar, sonándose para disimular su sonrisa. Pero el comisario no estaba en disposición de admirar tan pasmosa serenidad. Natividad huía realmente, porque no tenía ningún interés en ser testigo de una escena que aún se recordaba con horror en Lima. Pensaba en el trágico fin de los hermanos Gutiérrez, usurpadores de la presidencia.

Elevados al Poder por la plebe, fueron asesinados en la calle por esta misma plebe, colgados luego en la Catedral y, por último, “devorados por el populacho, que había encendido una hoguera en la plaza pública para asar a sus presidentes”. (1)

El marqués y Raimundo apenas podían seguir al comisario; Francisco Gaspar cerraba la marcha murmurando para sí:

—¡No me asustarán con su pelele!

(1) *Voyage au Pérou*, por Charles d'Ursel, secretario de legación, pág. 279.

LIBRO CUARTO

EL DICTADOR

EN Arequipa era día de fiesta. El vecindario de la ciudad y el de la campiña se agolpaba en la espaciosa plaza pública y en las calles de alrededor para presenciar la entrada triunfal del vencedor de Cuzco, el bizarro general García, a quien llamaban ya “el buen dictador”, el cual había prometido a sus partidarios que antes de quince días habría purgado al país del presidente Veintemilla, de las Cámaras y de todo el sistema parlamentario que, según él, había arruinado al Perú.

Los arequipeños estaban perfectamente preparados para oír este lenguaje. La política había dominado siempre en aquella ciudad; allí habían nacido todas las revoluciones. Terriblemente turbulentos, los vecinos de Arequipa pensaban que llevaban mucho tiempo sin ver un “salvador” a caballo. Por esta razón, ya que aquel día debía